

TIEMPOS DE ORACIÓN PERSONAL

Tú, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, Ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt 6,6)

He aquí la propia autorización y bendición de nuestro Salvador, otorgada a la oración personal en las más simples, claras y agradadas palabras. Los fariseos tenían la práctica, cuando rezaban ellos mismos, de hacerlo en *público*, en las esquinas de las calles; extraña inconsistencia de acuerdo a nuestras nociones, pues en nuestro lenguaje, orar uno mismo se llama oración *privada*. Esta era su propia práctica contradictoria: oración pública privada. Advirtiendo, entonces, a Sus discípulos contra la forma particular de hipocresía en que por aquellos días se mostraba la vanidad de la humana naturaleza, nuestro Señor promete en el texto la bendición de Su Padre a las súplicas humildes, verdaderamente dirigidas a El, y no hechas para ganar el aprecio de los hombres.

Aquellos que buscan al Dios invisible (parece decir), búsquenle en sus corazones y en sus pensamientos ocultos, no en alta voz como si El estuviera lejos de ellos. Tales hombres debieran retirarse del mundo a lugares donde ningún ojo humano los viera, y encontrar allí humildemente y en la fe a Quien “anda por sus caminos, está junto a sus lechos y reconoce todas sus sendas”. Y El, el buscador de corazones, les recompensará. Las oraciones expresadas en secreto, de acuerdo a la voluntad de Dios, son atesoradas por Dios en el Libro de la Vida. Parecen, quizás, haber buscado una respuesta aquí, y haber fallado. Su memoria parece aún en la mente del que suplica, y el mundo nunca supo de ellas. Pero Dios siempre recuerda, y en el último día, cuando sean abiertos los libros, serán reveladas y recompensadas delante de todo el mundo.

Tal es la bondadosa promesa de Cristo en el texto, reconociendo y bendiciendo, en Su condescendencia, aquellos ejercicios devocionales que eran un deber aun antes que la Escritura los ordenara, y cambiando en un privilegio ese trabajo de la fe, el cual, aunque mandado por la conciencia y autorizado por la razón, antes que El revelara su misericordia, cargaba en cada hombre que lo intentaba con la culpa, el remordimiento y el temor. El indecible privilegio del cristiano, y solamente suyo, es que tenga en todo momento libre acceso al trono de la gracia por la mediación de su Señor y Salvador.

Pero en lo que ahora diré concerniente a la oración, no la consideraré en cuanto privilegio, sino como un deber, pues hasta que no tenemos alguna experiencia de los deberes de la religión, somos incapaces de tomar parte propiamente en los privilegios. Demasiada es la moda de hoy ver la oración principalmente como un mero privilegio, tal, que ser negligente es sólo inconsiderado, pero no pecado. Es optativo.

Ahora bien, sabemos suficientemente bien que tenemos que estar en un cierto sentido orando y meditando a lo largo de todo el día. Aparece entonces la pregunta, ¿lo hacemos de alguna otra manera?, ¿es suficiente mantener nuestras mentes fijas en Dios durante el día y comunicarse con El en nuestros corazones, o es necesario por encima de

esta fe habitual, establecer aparte tiempos particulares para un ejercicio más sistemático y serio de la misma? ¿Necesitamos orar en ciertos momentos del día de manera fija? El culto *público*, de hecho, por su misma naturaleza, requiere *lugares*, *tiempos* y aún *formas* fijas. Pero la oración *personal* no requiere necesariamente fijar *tiempos*, pues siempre estamos con nosotros mismos, ni *formas*, pues no hay nadie más cuyos pensamientos deban armonizar con los nuestros. Aún así, aunque establecer tiempos y formas de oración no es absolutamente *necesario* en la oración personal, es muy conveniente, o mejor aún, está efectivamente ordenado por nuestro Señor en el texto: “Tú, *cuando* vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”.

En estas palabras, más allá del secreto pensamiento de Dios que debe estar siempre vivo en nosotros, están claramente ordenados ciertos *tiempos* para la oración personal, y la práctica de hombres buenos de la Escritura nos da un ejemplo que confirma el mandamiento. Aún nuestro Salvador tuvo Sus momentos oportunos y peculiares de comunión con Dios. Sus pensamientos eran ciertamente un servicio sagrado continuo, ofrecido hacia Su Padre. Sin embargo, leemos que El “subió a un monte a solas para orar” (Mt 14,23), y también que “se pasó la noche en oración con Dios” (Lc 6,12). Sin duda, podréis recordar aquella oración solitaria antes de Su pasión, tres veces repetida: “Que pase de Mí este cáliz” (Mt 26, 39-44). San Pedro mismo, como está en la narración de la conversión del centurión romano Cornelio, en el capítulo décimo de los Hechos de los Apóstoles, subió a la terraza de la casa a orar hacia la hora sexta y luego Dios le visitó. Y Natanael parece haber estado rezando debajo de la higuera en el momento que nuestro Salvador lo vio y Felipe lo llamó (Jn 1,48).

Podría multiplicar ejemplos de la Escritura de tales “israelitas sin doblez”, que son, por supuesto, aplicables a nosotros, pues aunque estuvieron bajo un gobierno divino en muchos aspectos diferente del cristiano, la religión *personal* es la misma en todo tiempo; “el justo” en cada dispensación “vivirá por la fe”, y cualesquiera sean las razones que hubiese para mantener y desplegar la fe por oraciones establecidas, permanecen sustancialmente las mismas hoy. Bastan dos ejemplos. Dice el salmista: “*Siete* veces al día te alabo por tus justos juicios” (Sal 119, 164). Y nos es contada la práctica de Daniel en una memorable ocasión: “Al saber Daniel que había sido firmado el edicto (el impío decreto que prohibía orar a nadie que no fuera al rey Darío por treinta días), entró en su casa. Las ventanas de su cuarto superior estaban orientadas hacia Jerusalén y *tres veces* al día se ponía de rodillas, para orar y dar gradas a su Dios; *así lo había hecho siempre*”. (Dan 6,11).

Es claro, pues, que además de la disposición devocional en la que debemos pasar el día, nos son requeridos actos de culto más solemnes y directos, esto es, regulares y periódicos, por precepto de Cristo y por Su propio ejemplo y el de Sus Apóstoles y Profetas bajo ambos testamentos.

Ahora bien, es necesario insistir sobre esta obligación de hacer oración personal en tiempos establecidos fijos, pues en medio de los cuidados y apuros de la vida, los hombres son especialmente aptos para abandonarla, y es un deber mucho más importante de lo que se considera generalmente, aun por aquellos que lo cumplen.

Es importante por las dos razones que siguen.

1. Trae los temas religiosos ante la mente de manera regular. Orar *a través* del día es ciertamente la característica de un espíritu cristiano, pero podemos estar seguros que, en la mayoría de los casos, aquellos que no rezan en tiempos fijos de una manera más solemne y directa, nunca rezarán bien en otros momentos. Sabemos de las ocupaciones

comunes de la vida, la importancia de sosegar y disponer nuestros pensamientos calmada y acertadamente antes de proceder en cualquier negocio importante, en orden a realizarlo correctamente. De igual manera, en aquella verdaderamente necesaria ocupación que es el cuidado de nuestros intereses eternos, si tuviésemos nuestras mentes tranquilas, nuestros deseos templados y nuestro natural elevado hacia el cielo a través del día, debemos, antes de comenzar las ocupaciones del día, permanecer quietos por un momento para mirar dentro nuestro y comunicamos con nuestros corazones, como forma de prepararnos para los trabajos y obligaciones que comenzaremos. Una razón similar puede ser dada para la oración vespertina, por ejemplo, para darnos un tiempo de mirar atrás sobre el día que pasó, y hacer como si fuera un resumen de lo ocurrido, que si *nosotros* no lo consideramos, al menos Dios sí lo ha hecho y lo ha escrito en ese libro que será presentado en el Juicio. Un tiempo de confesar los pecados y de orar implorando el perdón, de dar gracias por lo que hemos hecho bien y por las mercedes recibidas, de hacer buenos propósitos confiando en la ayuda de Dios, de cerrar y situar el día pasado al menos como un escalón para el de mañana.

El tiempo preciso para la oración personal no está en ningún lugar de la Escritura. Los más obvios son aquellos que he mencionado, por la mañana y por la tarde. En los textos que os he leído, habéis escuchado sobre oración tres veces al día, o siete veces. Todo esto depende, por supuesto, de las oportunidades de cada individuo. Algunos hombres no tienen tiempo para esto, pero para la oración matutina y vespertina, todos los hombres pueden y deben *hacer* tiempo.

Entonces, los tiempos fijos de oración personal son útiles como impulsos, por así decir, a la devoción continua del día. Nos instruyen y ocupan en lo que es siempre nuestro deber. Se dice comúnmente que lo que es negocio de todos no lo es prácticamente de nadie; esto se aplica aquí. Lo repito, si nosotros tomamos la religión como un tema de pensamiento para todas las horas del día por igual, no será pensamiento de ninguna. En todas las cosas, es por pequeños comienzos y cauces fijos como se logra avanzar hacia obras más extensas. Los momentos fijos de oración nos colocan en esa postura, por llamarla de algún modo, en la cual debemos estar siempre; nos urgen en dirección al cielo y luego la corriente nos lleva adelante.

Por la misma razón es conveniente, si es posible, ser solemnes en las formas de nuestra oración privada, en orden a impresionar nuestras mentes. Nuestro Salvador se *arrodilló* postrándose rostro en tierra y oró (Mt 26,39 y Lc 22,41), y lo mismo Sus Apóstoles (Hech 20,36 y 21,5; Ef 3,14) y así hicieron los Santos del Antiguo Testamento. De aquí que muchas personas estén acostumbradas, tanto como tengan la oportunidad, de fijar aparte un lugar particular para sus devociones personales, silencioso por la misma razón de calmar la mente, como Cristo nos enseña en el texto al decir que entremos en nuestro aposento.

2. Llego ahora a la segunda razón para orar personalmente de modo establecido. Además de tender a producir en nosotros impresiones religiosas perdurables, a las que he hecho referencia, es también un medio más directo de obtener de Dios una respuesta a nuestros ruegos. El lo ha manifestado así en el texto: “Después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”. No sabemos cómo es que la oración recibe una respuesta de Dios a todo. Es extraño, ciertamente, que el hombre débil pueda tener fuerza para mover a Dios, pero es nuestro privilegio saber que *podemos* hacerlo así.

Todo el completo sistema de este mundo es una historia de la interferencia del hombre con los decretos divinos, y si tenemos el triste poder de frustrar Su buena

voluntad para nuestra ruina, ¡tremenda e incomprensible verdad!, si cuando El planea nuestra eterna salvación podemos todavía revocar nuestra elección por el cielo y llevar a cabo nuestra eterna destrucción, mucho más tenemos el poder de conmoverle, ¡bendito sea Su nombre!, cuando El, el buscador de corazones, discierne en nosotros la intención de aquel Santo Espíritu que “intercede por los santos de acuerdo a Su voluntad”. Y como El ha prometido una respuesta a nuestras pobres oraciones, así también no es más extraño que las oraciones ofrecidas en tiempos particulares, de una manera particular, tengan un poder especialmente predominante con El.

La razón de ello puede ser la siguiente. Es la fe el medio señalado para ganar todas las bendiciones de Dios. “Todo es posible para aquél que cree” (Mc 9,23). Ahora bien, en los tiempos establecidos, cuando recogemos nuestros pensamientos para orar y elevamos nuestras peticiones de manera ordenada y clara, el acto de fe es probablemente más fuerte y serio, y nos damos cuenta más perfectamente de la presencia de ese Dios que no vemos, sobre Quien una vez fueron cargados todos nuestros pecados, Quien soportó el peso de nuestras enfermedades y dolencias una vez y para siempre, a Quien podemos buscar en todas nuestras aflicciones y encontrar gracia en tiempo de necesidad. En ese momento este mundo está mucho más fuera de la vista, y nos apropiamos más simplemente de aquellas bendiciones, por las que no tenemos sino que clamar con humildad y son verdaderamente nuestras.

Los tiempos fijos de oración son, pues, necesarios, primero como un medio de hacer sobrio nuestro espíritu y el temperamento general más religioso, y segundo, como un medio de ejercitar seriamente la fe, y de allí recibir una bendición más cierta como respuesta, de la que obtendríamos de otro modo.

Sin duda, se pueden dar otras razones, pero estas son suficientes, no sólo por contener materia de meditación, lo cual puede sernos útil, sino también para mostrar cuán sabias y misericordiosas son realmente las provisiones divinas, que nuestras mentes vanas son tan hábiles para cuestionar. Todos los mandamientos de Dios, ciertamente, deben ser recibidos enseguida por la fe, aunque no veamos su razón. No hay excusa para que un hombre los desobedezca, aún pensando que ve razones contra ellos, pues Dios conoce mejor que nosotros. Pero en su gran condescendencia El nos ha permitido ver aquí y allá Sus razones para lo que hace y manda, y debemos atesorar estos conocimientos ocasionales para el tiempo de la tentación, cuando nos asalta la duda y la incredulidad y estamos perplejos ante Su Palabra revelada, y poder traer a la mente aquellos primeras instancias de nuestra propia experiencia, donde lo que al principio parecía extraño y duro, considerándolo más detenidamente, vino a tener un sabio final.

Ahora bien, el deber de tener tiempos fijos de oración personal es una de aquellas observancias que nos capacitan para considerar los pensamientos incrédulos a los que me he estado refiriendo. Nos parece ser sólo una formalidad, o al menos un asunto leve que se puede observar u omitir, cuando verdaderamente, siendo las creaturas que somos, existe la más cercana y extraordinaria relación entre las pequeñas observancias y la permanencia de nuestros principales hábitos y prácticas. Es fácil ver por qué es molesto: porque pesa sobre nosotros y es inconveniente. Es un deber que reclama nuestra atención continuamente, y su molestia lleva a la rebelión de nuestros corazones, procediendo luego a buscar razones que justifiquen nuestro propio disgusto hacia él. Nada es más difícil que ser disciplinado y regular en nuestra religión. Es muy fácil ser religioso por rachas y mantener nuestros sentimientos por medio de estimulantes artificiales. La regularidad parece trabarnos y nos ponemos impacientes.

Este es especialmente el caso de aquellos para quienes el mundo es todavía nuevo y que pueden hacer lo que quieren. La religión es el principal asunto que les hace frente, que exige regularidad, y ellos la soportan tanto cuanto puedan hacer de ella lo que hacen de las cosas de este mundo, algo curioso, cambiante o excitante. Satanás conoce su ventaja aquí. Percibe suficientemente bien que la oración personal establecida es el verdadero emblema y salvaguarda de la verdadera devoción a Dios, en la medida en que imprime y sostiene en nosotros una regla de conducta. El que abandona la regularidad en la oración ha perdido el principal medio que le recuerda que la vida espiritual es obediencia a un Legislador, no meramente un sentimiento o un gusto. Por esto es que muchas personas, especialmente en los rangos distinguidos de la sociedad, que están fuera del camino de la tentación de vicios graves, caen en una mera devoción lujuriosa y autoindulgente, que ellos toman por religión, rechazando cada cosa que implique negación de sí mismos y especialmente la oración regular. Por esto es que otras personas corren tras toda clase de fantasías entusiasmantes: porque renunciando a establecer la oración privada en fórmulas escritas, han perdido la principal regla de sus corazones. De acuerdo con esto, les escucharán clamar contra la oración reglada (que es la verdadera medicina que precisan para su enfermedad) como un servicio formal, y sostener que los tiempos, los lugares y las palabras fijas no son dignas de atención para un cristiano espiritual. Y otros, que están expuestos a las seducciones del pecado, caen todos por la misma omisión.

Estad seguros, hermanos, que cualquiera de vosotros que esté persuadido de abandonar sus oraciones de la mañana y de la tarde, está entregando la armadura que lo defiende contra los ardidés del Demonio. Si renunciáis a cumplir con ellas, podéis caer cada día, y lo haréis sin notarlo. Por un tiempo seguiréis adelante, pareciéndoos que estáis lo mismo que antes. Los israelitas podían muy bien esperar acumular una provisión de maná como vosotros de gracia. Le pedís a Dios por el pan cotidiano, el pan día a día, y si no habéis orado por él esta mañana, os aprovechará poco que hayáis orado por él ayer. Habéis rezado, sí, y obtenido lo pedido, pero no un suplemento para dos días. Cuando hayáis dejado la práctica de la oración fija, se os volveréis débiles gradualmente sin saberlo. Sansón no supo que había perdido su fuerza hasta que los filisteos cayeron sobre él. Vosotros pensaréis ser los hombres que solíais ser, hasta que de repente llegará el adversario furiosamente, y también de repente caeréis. Seréis capaces de poca o ninguna resistencia. Este es el camino que lleva a la muerte.

Los hombres dejan primero la oración personal, luego son negligentes con la observancia del día del Señor (que es un servicio fijo de la misma clase), luego dejan escapar de sus mentes la misma idea de la obediencia a una ley eterna fija, luego incluso se permiten cosas que su conciencia condena, luego pierden la dirección de la conciencia, que siendo maltratada, rehúsa finalmente dirigirlos a ellos. De este modo, siendo dejados por su verdadero guía interior, están obligados a tomar otro guía, su razón, que por sí misma sabe poco y nada de religión. Luego, su ciega razón forma un sistema de bien y mal para ellos, tanto como puede, halagando sus propios deseos, y presuntuosa cuando no realmente corrupta. No les sorprende que semejante esquema contradiga la Escritura, lo cual se comprueba pronto, ni que ellos no estén seguros de percibirlo por sí mismos. A menudo no lo saben, y piensan ser aún creyentes en el Evangelio, mientras mantienen doctrinas contrarias a la Escritura, y en vez de abandonarlo, abandonan la Escritura, y se profesan no creyentes. Tal es el curso de la desobediencia, comenzando por (aparentemente) leves omisiones y terminando en abierta incredulidad, y todos los hombres que caminan por la ancha senda que lleva a la

destrucción, no están sino en diferentes etapas de la misma, uno más avanzado que el otro, pero todos en un único camino.

Y he estado hablando de esto aquí, en orden a recordaros cuán íntimamente conectado está con el abandono de la oración personal fija, de donde, aquél que es estricto en la observancia de la oración matutina y vespertina, rezando con todo su corazón tanto como con sus labios, difícilmente pueda extraviarse, pues cada mañana y cada tarde trae consigo un monitor que le vuelve atrás y le restaura.

Tened cuidado de las sutilezas de tu enemigo, quien de buena gana roba vuestra defensa. No os sometáis a sus malos razonamientos. Poneos en guardia especialmente cuando entréis en una situación nueva o en circunstancias que os interesan y deleitan, para que no os aparten de vuestra regularidad en la oración. Cualquier cosa nueva o inesperada es peligrosa para vosotros. Entrar mucho en variada sociedad y en ver cantidad de personas extrañas, participar en cualquier diversión placentera, leer libros interesantes, entrar en un nuevo estilo de vida, formar nuevas relaciones, la repentina perspectiva de cualquier ventaja mundana, viajar, todas estas cosas y otras parecidas, inocentes como son en sí mismas y capaces de un uso religioso, llegan a ser medios de tentación si no estamos en guardia. Fijaos que no estéis *inquietos* por ellas. Este es el peligro. Temed volveros *inquietos*. Considerad que la estabilidad de la mente es la principal de las virtudes, pues es Fe. “Al alma fiel le conservarás la paz, porque en Ti confía” (Isaías 26,3); esta es la promesa. Pero “los malvados son como un mar alborotado que no puede calmarse y cuyas aguas revuelven el barro y el lodo. No hay paz para los malvados, dice mi Dios” (Isaías 57,20). No solamente los malvados en el sentido común de la palabra “malvado”, sino que no habrá descanso para ninguno que de algún modo deje a su Dios y vague tras los bienes de este mundo.

No os complazcáis en visiones de bienes mundanos, fijad vuestro corazón en las cosas elevadas, permitid que vuestros pensamientos de la mañana y de la noche sean puntos de descanso para el ojo de vuestra mente, y dejad que sean acerca de la senda angosta, de la bendición del cielo, de la gloria y el poder de Cristo vuestro Salvador. De este modo os guardaréis de levantadas y caídas indecorosas y os estabilizaréis de un modo ecuánime. Los hombres en general no sabrán nada de todo esto, no serán testigos de vuestras oraciones personales y os confundirán con la multitud que ellos aceptan. Pero vuestros amigos y conocidos obtendrán una luz y un consuelo de vuestro ejemplo, verán vuestras buenas obras y serán inducidos a rastrear hasta su verdadera fuente secreta: las influencias del Espíritu Santo, buscadas y obtenidas por la oración. Entonces, glorificarán a vuestro Padre celestial, y al imitaros le buscarán a El, y El, que ve en lo secreto, finalmente les recompensará.